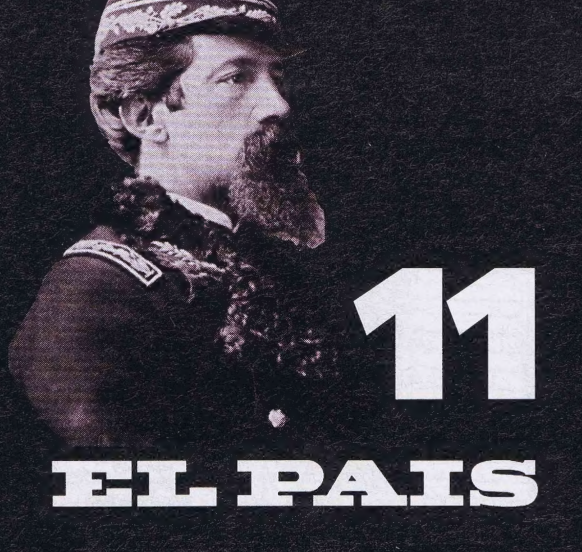


HISTORIA del URUGUAY en IMÁGENES

APOGEO Y CRISIS DEL MILITARISMO

Máximo Santos

La "Corrupción"

La clemencia de Tajes

La Conciliación

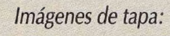


La transición

Desaparecida sorpresivamente la figura de Latorre del escenario político, el Dr. Francisco Antonino Vidal, Presidente del Senado, ocupó la Presidencia de la República durante dos años, hasta 1882. El régimen constitucional no se había restablecido y la mayoría de las restricciones a las libertades seguían vigentes, pero no se acertaba a visualizar todavía en quién se encarnaría el poder.

Con las limitaciones señaladas, el ejército seguía dueño de la situación y la mejora de los indicadores económicos permitía que de la dura austeridad del Coronel Latorre, se pasase a un régimen de cierta euforia y ostentación económica.

El gobierno de Vidal fue bastante anodino, aunque todo el mundo sabía que su poder emanaba del apoyo que le prestaba su Ministro de Guerra, el General Máximo Santos. Pero en 1882, Santos creyó llegado el momento de asumir por las buenas un mandato constitucional y, con ese propósito, organizó elecciones aparentemente legales para designar diputados y senadores. Estas se hicieron a la usanza tradicional pero manteniendo las limitaciones a las libertades que emanaban de la situación de facto. Por supuesto que la nueva Asamblea General eligió Presidente de la República al General Máximo Santos para desempeñarse en el período de 1882 a 1886. Más allá de todas las apariencias y formalidades que se guardaron era claro, sin embargo, que en los hechos, el nuevo régimen era prácticamente un régimen de facto.



Imágenes de tapa:

Durante los primeros años de la administración Tajes, el ex presidente Santos es condenado al exilio. El General pasa la mayor parte de su destierro en París, Buenos Aires y Brasil. En esta imagen lo vemos acompañado de su familia en su residencia de Rio de Janeiro.

▲ *Centinela y guardia militar.*

Escena de la vida cotidiana en la calle 25 de Mayo hacia 1885. ▼

MÁXIMO SANTOS

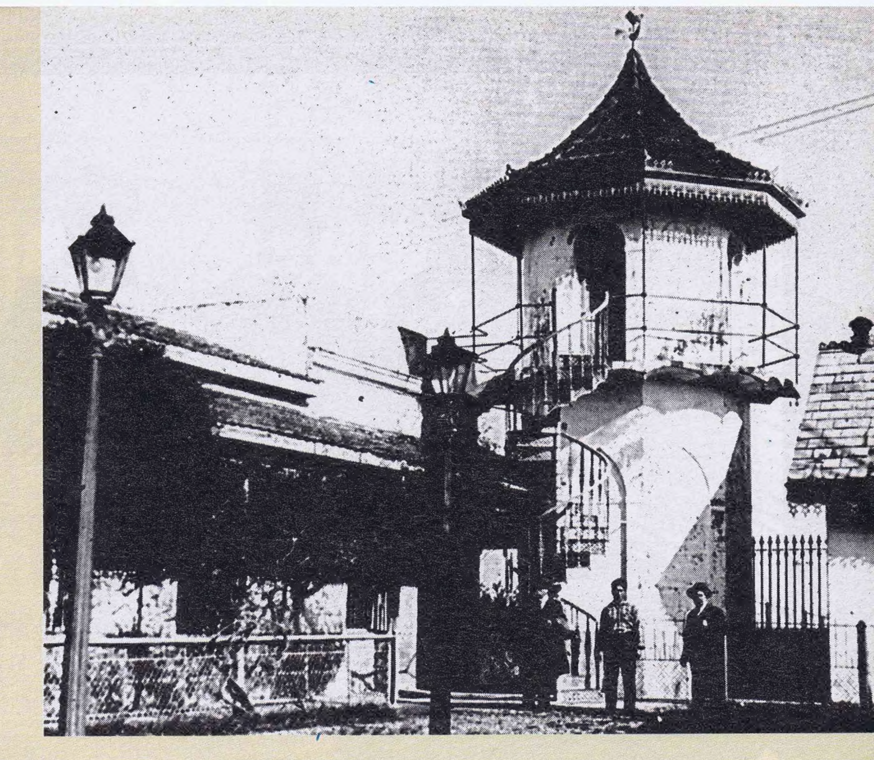
Santos era un hombre representativo de la clase media que empezaba a existir en el país. Había ingresado a la carrera militar y combatido en la Guerra del Paraguay, episodio fundacional del ejército uruguayo. Integraba aquella joven y selecta oficialidad, que frente a la desaparición de los grandes caudillos y al fracaso de la intelectualidad en las cámaras bizantinas, creyó llegado el momento de asumir la conducción del país.

De mediana estatura, más bien tirando a bajo –cosa que parecía mortificarlo–, sus zapateros solían agregar algún centímetro a sus botas para hacerlo parecer más alto, y su pasión por los caballos lo llevaba a elegir siempre magníficos ejemplares de gran alzada que en los numerosos desfiles que se realizaban en la época, lo hacían aparecer como una figura tal vez más grande de lo que en verdad era. Su pasión por el lujo, los uniformes y los grandes espectáculos tenía algo de operística, ya que era un apasionado de la ópera y podía asegurarse que cuando se diese una función en un teatro de Montevideo, allí estaría el Capitán General. Tan es así que, cuando el Teniente Ortiz decidió atentar contra su vida, no encontró mejor momento que la entrada del Presidente al Teatro Cibils.

El mobiliario de Santos y su señora, que se conserva en el Museo Histórico Nacional, nos revela esa vocación por lo suntuoso, que tenía como modelo lejano a Napoléon III, Emperador de los Franceses. El cuadro de Blanes «La Revista del 85» es, en ese sentido, una radiografía de Santos y de su mundo.

La casa que actualmente ocupa el Ministerio de Relaciones Exteriores en 18 de Julio y Cuareim, vale la pena verla como representación de una mentalidad. Mármoles, bronces, cristalería, alfombras, adornos, parqués, todo ello importado, muestran una residencia suntuosa. El gran desnivel entre la avenida 18 de Julio y la calle Colonia fue utilizado para hacerle a la casa un amplio patio interior con entrada para carruajes a mitad de cuadra y ubicación de numerosas dependencias en ese segundo plano. Santos tenía, además, una quinta en el Camino de las Instrucciones casi Propios y una estancia de 2800 hectáreas en el Colorado, en el departamento de Canelones, a pocos kilómetros de Montevideo. La quinta de Instrucciones tenía y conserva todavía un amplio zoológico, en donde algunos enemigos decían que Santos guardaba algunas fieras para arrojarlas sobre sus adversarios prisioneros, cosa que tal vez pertenezca más a la leyenda que a la realidad.

La estancia de Santos en el Colorado llegó a ser una estancia modelo, en donde se utilizaban todos los subproductos –incluso las plumas de avestruz, que se vendían a buen precio– y el establecimiento presentaba también ejemplares de pedigrí en las exposiciones de la Asociación Rural en el Prado.

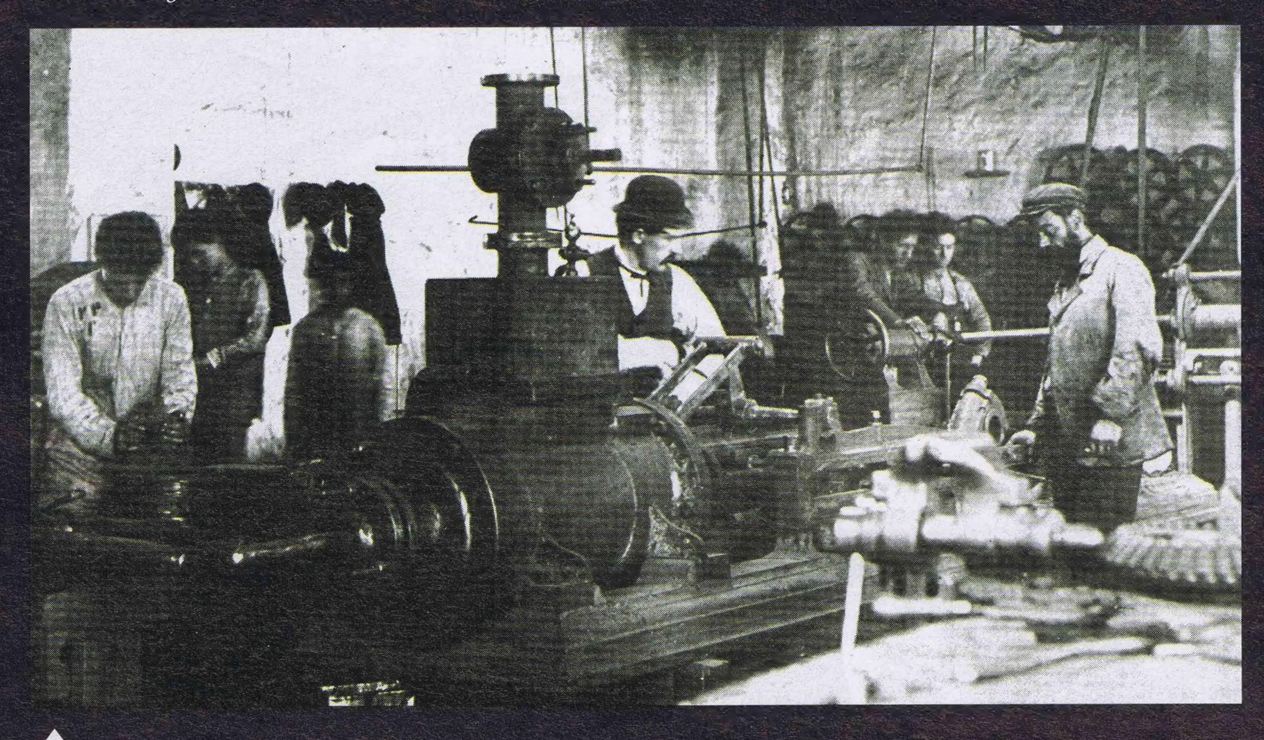


El General Santos solía residir durante períodos extensos en su estancia del «Colorado». Recibía profusa información referida a asuntos de Estado, y desde allí –muchas veces– regía los destinos del país. En esta imagen –tomada ya en el siglo XX– se visualiza el mirador del «Colorado».

Retrato del General M. Santos en su domicilio, actual Palacio Santos, ubicado en 18 de Julio y Cuareim.

▲

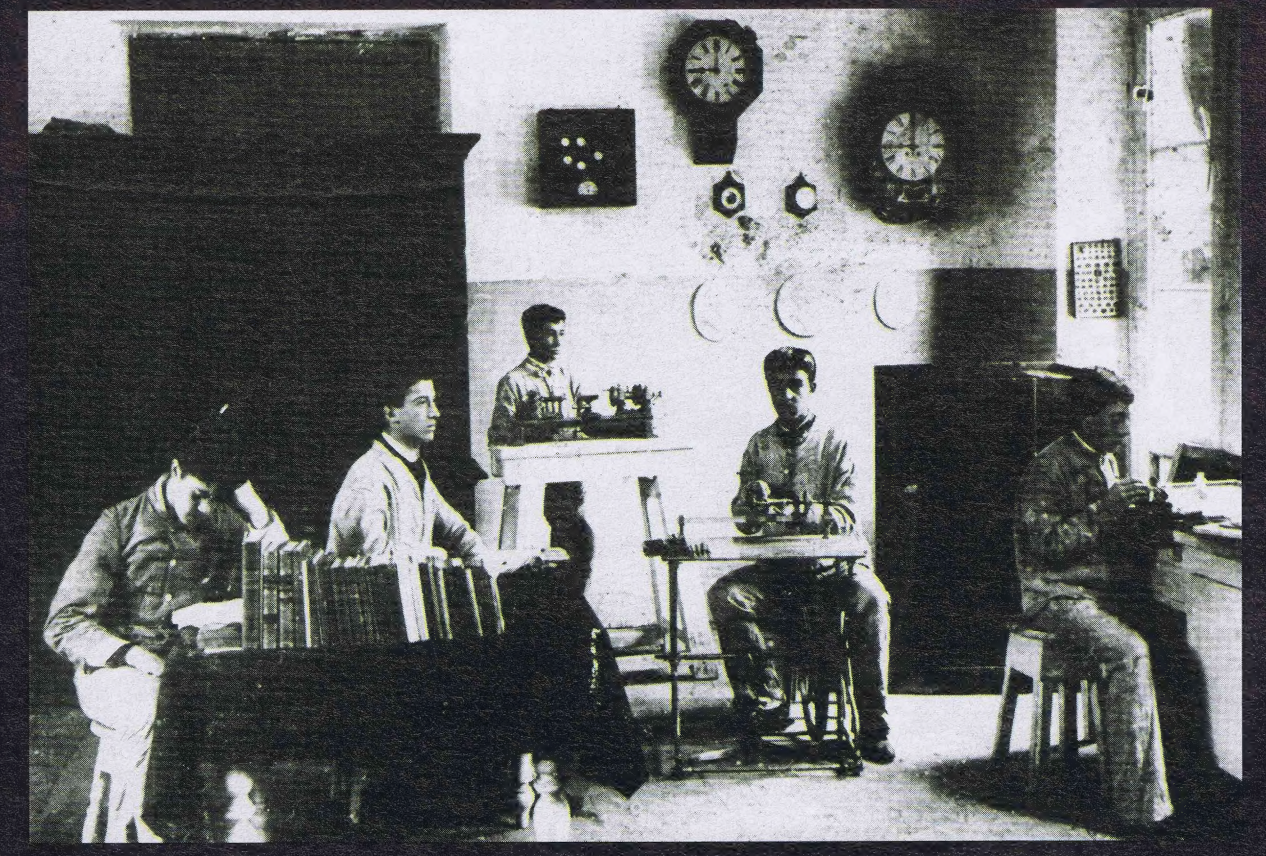
Fotografía tomada por los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios en el año 1884, durante una de las visitas matinales que frecuentemente hacía el General Santos a dicha Escuela. Lo acompañan de izquierda a derecha: el Jefe Político de la capital, señor Barreto, Apolinario Galloso –a quien Santos ofrece un mate–, y el cirujano Mayor del Ejército, Dr. Julio Rodríguez.



▲

Alumnos trabajando en los talleres de «ajustaje» y «relojería» de la Escuela de Artes y Oficios. En sus comienzos, los primeros alumnos de la Escuela fueron muchachos de 12 a 17 años, enviados a unidades del ejército, de la policía o Asilos, por vagancia, o directamente porque sus padres los catalogaban de «incorregibles».

▼



La «Corrupción»

Todo esto pone sobre el tapete otro tema y es el que tiene que ver con los medios económicos que utilizó Santos para comprar tan valiosas propiedades. Las anécdotas de la época siempre fueron muy truculentas, en el sentido de atribuirle una gran voracidad a su bolsillo. Por ejemplo, siempre se habló de que Santos había participado en un gran negociado a propósito de la lotería del Hospital de Caridad. Pero nunca había podido probarse concretamente nada.

Hace pocos años, sin embargo, el Dr. José Claudio Williman encontró en el protocolo de una escribanía, un acta notarial en la que se presentan, por un lado el Sr. Capitán General Don Máximo Santos y el Sr. Pedro Courtin, Prefecto del Puerto de Montevideo, y por el otro, un conocido personaje de la sociedad montevideana. En ese documento los señores Santos y Courtin transferían al distinguido comerciante de esta plaza el derecho de distribuir los números de lotería del Hospital de Caridad en el interior de la República y en el exterior del país. En aquella época, era grande el número de billetes de la Lotería Uruguaya que se vendían en Buenos Aires o en Río de Janeiro. A cambio de esta transferencia, el referido comerciante se comprometía a pagar a los Sres. Santos y Courtin la suma de tres mil pesos oro mensuales, monto que era superior al sueldo del Presidente de la República.

Lo que extraña es que el escribano de marras, que tan detallista fue en dejar constancia de otros pormenores, haya omitido explicar en virtud de qué, los señores Santos y Courtin detentaban el poder de decidir, de transferir y de vender la distribución de los números de la lotería del Hospital de Caridad. Extraña también que los interesados no hayan tenido la menor conciencia de estar haciendo algo ilegal, ya que no se limitan a hacer un acuerdo privado, sino que lo estampan en el protocolo de un escribano que da fe de lo actuado y certifica la autenticidad de las firmas de los pactantes.

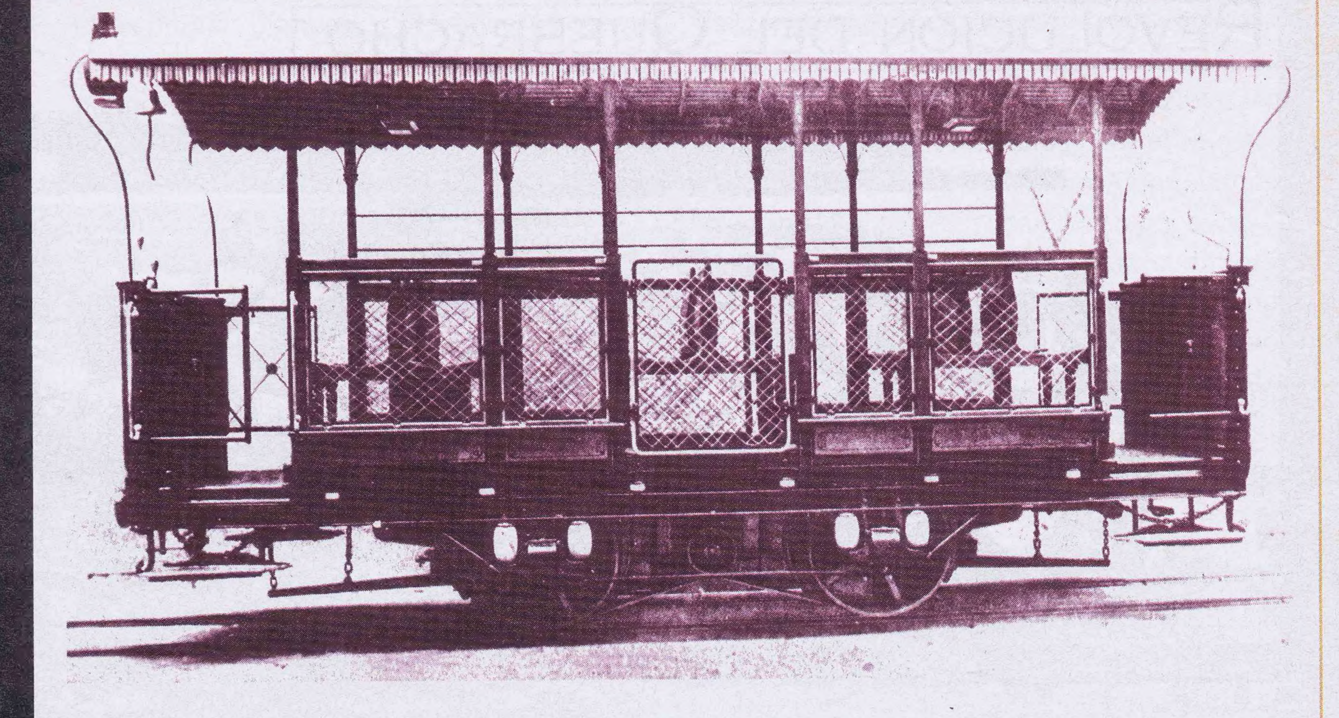
Por otra parte, de la época de Santos son las mayores construcciones de cuarteles de la historia militar del país y también –por qué no decirlo– las casas particulares más suntuosas propiedad de militares que en época alguna de nuestra historia haya habido.

Si bien la situación económica empezaba a florecer recogiendo los resultados de los duros años de austeridad del gobierno de Latorre, el exceso del gasto suntuario y la creciente inseguridad política que se avizoraba, pusieron un tope a los años de bonanza y marcaron el apogeo pero también los comienzos de la crisis del régimen santista.

Santos y la opera

En la afición de Santos a la ópera, hay algunos ribetes graciosos que muestran la inteligencia y la picardía del nuevo gobernante. Antes de ir a las funciones de ópera que eran muy frecuentes en el Montevideo de entonces por la cantidad de compañías que venían a Buenos Aires y que no desdeñaban una buena temporada en Montevideo, Santos solía cenar solo, se le sintetizaba el argumento de la obra que iba a escuchar, quiénes eran sus principales personajes, cuáles eran los distintos actos, ilustrando al piano las áreas más significativas y haciendo comentarios sobre los artistas que más se habían destacado en Europa en la interpretación de esa obra. Santos, buen alumno, se hacía repetir de tanto en tanto, las ideas y temas fundamentales de la síntesis, hecho lo cual estaba en condiciones no sólo de departir en los entreactos y en las conversaciones de foyer con los más destacados críticos y conocedores de la sociedad montevideana, sino que dejaba atónitos a todos los que creían ver en él un ignorante y se topaban ahora con un exquisito conocedor del bel canto.

Desaparecidas las rigideces de los primeros tiempos, la prensa empezaba también a ganar espacios e incluso los ciudadanos de los viejos partidos tradicionales y aún otros que pensaban fundar nuevos partidos, empezaron a animarse a realizar ciertas actividades.



▲ *Pequeño tranvía construído en los talleres de la Escuela de Artes y Oficios en el año 1884, el cual fue obsequiado a la empresa del «Tranvía a la Unión y Maroñas».*

La E.A. y O. ubicada en sus comienzos en 18 de Julio y Caiguá –actual Tristán Narvaja–, tenía como objetivos centrales llevar adelantos técnicos al interior del país, y competir con la industria europea. En la imagen se aprecia el museo de dicha Escuela. ▼

Revolución del Quebracho





El 28 de Marzo invaden el país las fuerzas revolucionarias, compuestas por Blancos, Colorados y Constitucionalistas. Tres días después sufren una derrota indeclinable al enfrentarse al ejército gubernista conformado por 5000 hombres, en las cuchillas de Puntas de Soto, cerca del Arroyo Quebracho. El General Tajes –comandante de las fuerzas oficiales– se hizo célebre no sólo por la rápida victoria, sino también por haber perdonado la vida de los prisioneros.



Si bien estas imágenes son posteriores al conflicto, ilustran elementos utilizados por el ejército en la época: transportes de tropas, armas de fuego y caballería.

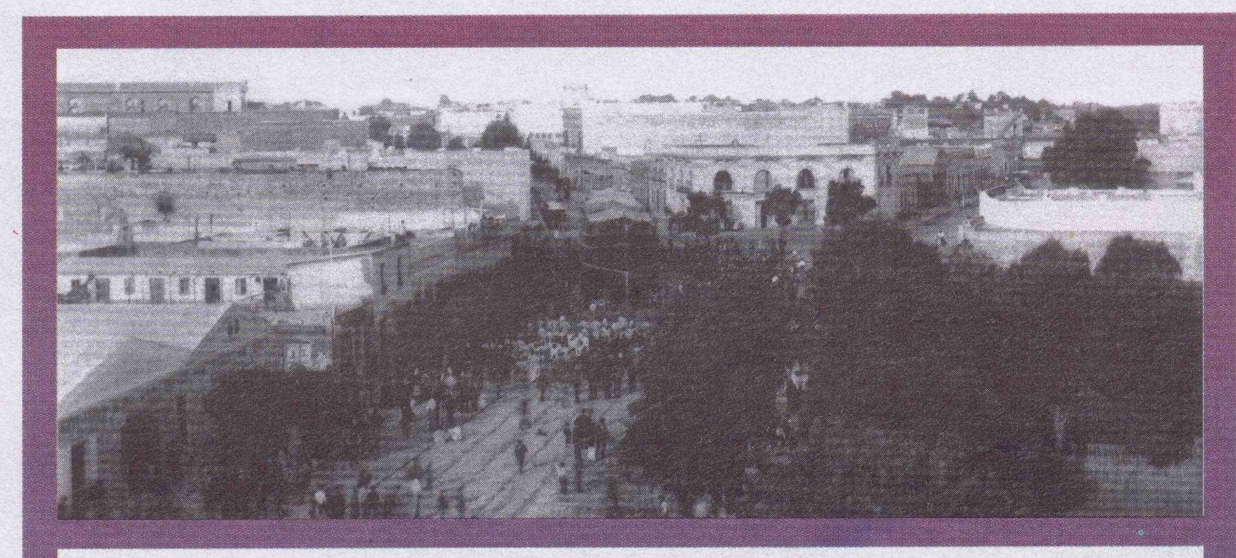
El «Reeleccionismo»

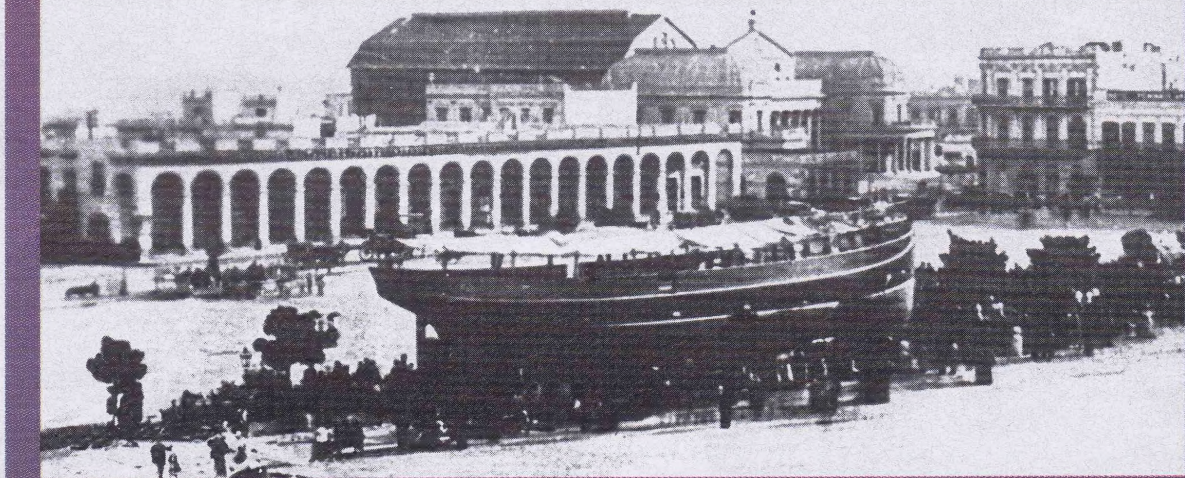
El mandato presidencial de Santos vencía en 1886 y al no estar permitida la reelección, no se atinaba a encontrar la manera en que Santos pudiese quedar en el poder. Nada de eso fue obstáculo, sin embargo, para el afán continuista del Presidente. En primer lugar, promovió –halagando a la tradición colorada– la creación de un nuevo departamento llamado Flores, hecho lo cual Santos, que ya había entregado el cargo al vencer su plazo, se hizo elegir Senador por el recientemente creado Departamento de Flores, y de ese modo ingresó al Senado. Una vez allí el Presidente del Senado renunció y Santos fue propuesto para sustituirlo. Llegado a la Presidencia del Senado de esa curiosa manera, el Doctor Vidal, su padrino y eterno colaborador, renunció por motivos de salud y entonces Santos pudo volver a ser Presidente de la República de un modo más o menos legal.

Lo escandaloso de todo este trámite era la posibilidad de que Santos, que era un hombre muy joven, se eternizase en el poder, y esto llevó a muchos a intentar un golpe revolucionario que se llevó a cabo en 1886 y que se denominó la Revolución del Quebracho, por haberse iniciado sus acciones militares en las costas del arroyo Quebracho, en el departamento de Salto.

Los revolucionarios organizados en Buenos Aires provenían de todos los partidos, y entre ellos había blancos, colorados y constitucionalistas. Sin embargo, la técnica militar había avanzado mucho en los años anteriores y la llegada de los fusiles Remington ingleses y Mauser alemanes, así como los cañones Krupp, también alemanes, habían revolucionado el arte de la guerra. Con tiradores de precisión que hacían blancos a más de mil metros de distancia, y que podían recargar en pocos segundos, la infantería pasó a dominar el territorio, mientras las viejas cargas «a lanza y sable» quedaban como cosa del pasado.

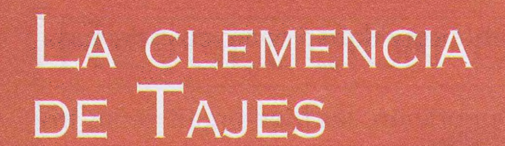
En el Quebracho, las bien organizadas tropas del ejército comandadas por el Ministro de Guerra, General Máximo Tajes, concurrieron al lugar en ferrocarril y en pocas horas de combate y luego de provocar cuantiosas bajas, lograron la rendición de los últimos sobrevivientes. Los prisioneros fueron traídos en tren a Montevideo, y fueron alojados en un cuartel céntrico.





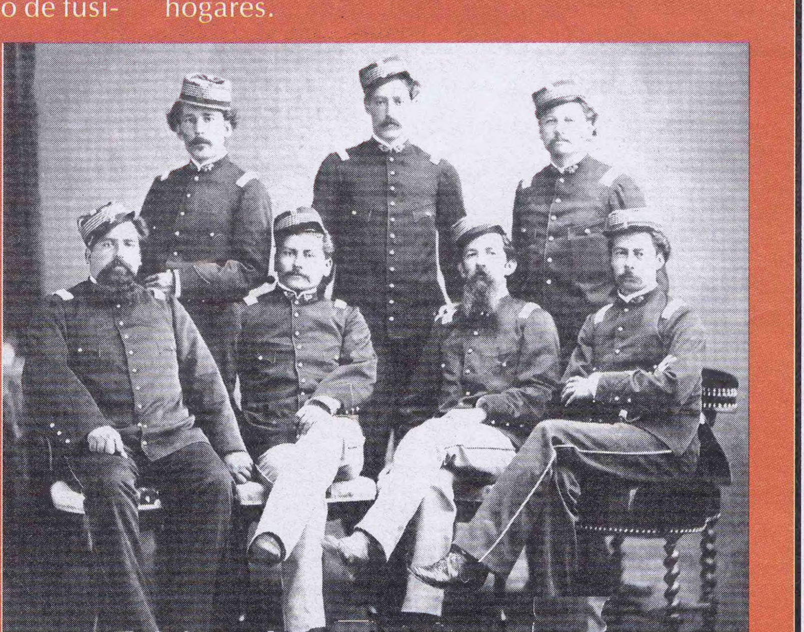


En 1886, Santos encarga a la Escuela de Artes y Oficios, la construcción de la Cañonera Gral. Rivera. Su traslado desde el taller -ubicado en 18 de Julio y Caiguá- hasta el puerto duró alrededor de un mes. Aquí apreciamos imágenes de dicho traslado. En la primera se encuentra a la altura de 18 de Julio y Constituyente, donde se emplaza el monumento al gaucho. En la siguiente fotografía atraviesa la Plaza Independencia, con el Teatro Solís y La Pasiva al fondo. Y por último, tiempo después, el misterioso hundimiento en el puerto de Montevideo.



La clemencia de Tajes

El General Tajes obtuvo cierto prestigio porque se dijo que había recibido duras órdenes de Santos en el sentido de fusilar a los principales jefes revolucionarios, cosa que no había cumplido. Pocos días después Tajes hizo formar a los prisioneros en el patio del cuartel, les pasó revista prolijamente y ordenó abrir las puertas diciendo: «Bueno muchachos, vayan saliendo». Algunos pensaron que podía tratarse de una estratagema para fusilar por la espalda a quienes fuesen saliendo, alegando un conato de fuga pero, ante la sorpresa de todos, los prisioneros pudieron ganar la calle y retirarse pacíficamente a sus hogares.



En la 2ª mitad de la década del 70', los jóvenes "veteranos de la Guerra del Paraguay" toman el poder. En el presente retrato aparecen los entonces jóvenes oficiales Máximo Santos (abajo al centro) y Máximo Tajes (arriba izquierda).

TEATRO CIBILS

Martedì 16 Maggio 1882 alle ore 8 precise.

BENEFICIO

DI CERIOLI FRANCESCO

Con spettacolo variato di **PROSA e MUSICA** concorrendovi gentilmente gli artisti Sig.ra Maria Frigerio e Cav. Achille Lupi, non che *alcuni distinti dilettanti*, e parte del Coro dell'Opera Italiana.

In omaggio al Beneficato, la orchestra, composta di Egregi Professori, contribuirà alla buona riuscita della serata.

PROGRAMMA.

1º Verrà declamata dal Sig.......... una poesia che spiega il perchè del

BENEFICIO CERIOLI.

2º Il dramma interessante in 3 atti, dal francese, *nuovo per Montevideo*, intitolato:

LUCIA DIDIER.

INTERLOCUTORI.

Lucia moglie di	Sig.ra	*Frigerio*
Didier	Sig.	*Galamberti*
Martin socio di Didier	"	*Rabajoli*
Sarzan Banchiere	"	*Giorcelli*
Alice moglie di Martin	Sig.ra	*Corsetti*
Champagne, negro	Sig.	*Oliva*
Un servo	"	*N. N.*

3º Un monologo Bizzarria di circostanza, recitato dal giovinetto Sig. **SIGNORINI**, che verrà donato al Pubblico.

4º **L'ANTIVIGILIA DI S. CRISPINO**

OSSIA

LE PROVE PER LA FESTA DEI CALZOLARI

nuovo scherzo comico con **MUSICA** in un atto.

PERSONAGGI.

Onofrio Rondoletti	Sig.	*Rabajoli*
Reginella sua figlia	Sig.ra	*Frigeri*
D. Fecondo maestro comunale	Sig.	*Lupi*
Stecchetti maestro di musica	"	*Cerioli*
Peppe	"	*March*

Alcuni scolari di D. Fecondo, e Coro di Calzolai.

PREZZI - Palchi $ 3,00 — Sillones 0,70 — Lunetas 0,40 — id. 0
Paradiso per gli UOMINI 0,30 — Entrata alla platea e palchi 0,50 — id. C

NOTA — Dopo la rappresentazione vi saranno treni per le diverse

Tip. Aurora, ...

En la noche del 17 de Agosto de 1886, durante la interpretación en el Teatro Cibils por parte de la primer soprano Eva Tetrazini de la ópera de Ponchielli «Gioconda», en el vestíbulo del mismo tuvo lugar el fallido atentado del Teniente Ortiz contra la vida de Máximo Santos.

Teatro Cibils.
Sobre este empedrado de cuña, corrió el Teniente Ortiz luego del atentado que ejecutó contra el Presidente, Gral. M. Santos. Al llegar a la calle Treinta y Tres se descerrajó un tiro, acabando de esta manera con su propia vida.

El atentado contra Santos

Pocos días después, estando Santos como de costumbre a punto de ingresar al Teatro Cibils para ver una función de ópera, un espectador que estaba allí leyendo los programas, se dio vuelta rápidamente y disparó desde corta distancia un tiro de revólver al primer mandatario.

Santos había girado segundos antes para saludar a un amigo y eso salvó su vida, porque el disparo le entró por un pómulo, le atravesó la boca destrozándole la dentadura, y salió por la otra mejilla.

El Teniente Ortiz, que era un militar colorado que había hecho el disparo huyó por las calles oscuras de la Ciudad Vieja, perseguido por la guardia, pero antes de ser apresado se descerrajó un balazo y falleció.

Malherido y sangrante, Santos perdonó a su agresor y fue atendido inmediatamente por médicos.

Santos era un hombre inteligente y comprendió, tal vez tardíamente, que había llegado demasiado lejos en su intento de perpetuarse en el poder. Su control sobre las fuerzas armadas parecía ser absoluto, pero el tiempo había transcurrido y no obstante la bonanza económica que se percibía la opi-



nión pública empezaba a mostrar señales de cansancio contra aquel estilo de gobierno tan pomposo y que no parecía abrirle un futuro al país . En esas circunstancias y tomando un giro sorpresivo en su política llamó a los principales dirigentes de la oposición para tener una entrevista. La oposición en aquel momento no era tanto caudillista, puesto que el viejo caudillo blanco Timoteo Aparicio se manifestaba amigo de Santos, sino más bien de los distintos matices de un doctorado joven que veía mas lejos y tenía otras aspiraciones.

Carreta de bueyes y elegante coche vadeando el Río Santa Lucía.

La Conciliación de 1886

El convocado en representación de ese joven doctorado opositor fue el Doctor José Pedro Ramírez. En la entrevista, a la que Santos asistió cubriéndose la mejilla con un pañuelo para no mostrar las grandes heridas que tenía en un lado de la cara y los orificios de salida que ostentaba en el otro, fue cordial y breve. Santos ofreció a los representantes de la oposición principista todos los ministerios del gobierno. Propuso al propio Ramírez como Ministro de Gobierno, al Doctor Juan Carlos Blanco como Canciller, al Doctor Aureliano Rodríguez Larreta como Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, mientras que el Ministro de Guerra sería el General Máximo Tajes. Ante tan inesperada propuesta, Ramírez solicitó un cuarto intermedio de veinticuatro horas para formalizar la respuesta.

A la mañana siguiente, reunidos los mismos protagonistas, el Doctor José Pedro Ramírez manifestó que sólo aceptarían los cargos en el gabinete con dos condiciones: que se empezaran a cumplir inmediatamente las normas de la Constitución y segundo –y esto era lo más serio– que el Capitán General Don Máximo Santos se retirase de la vida política.

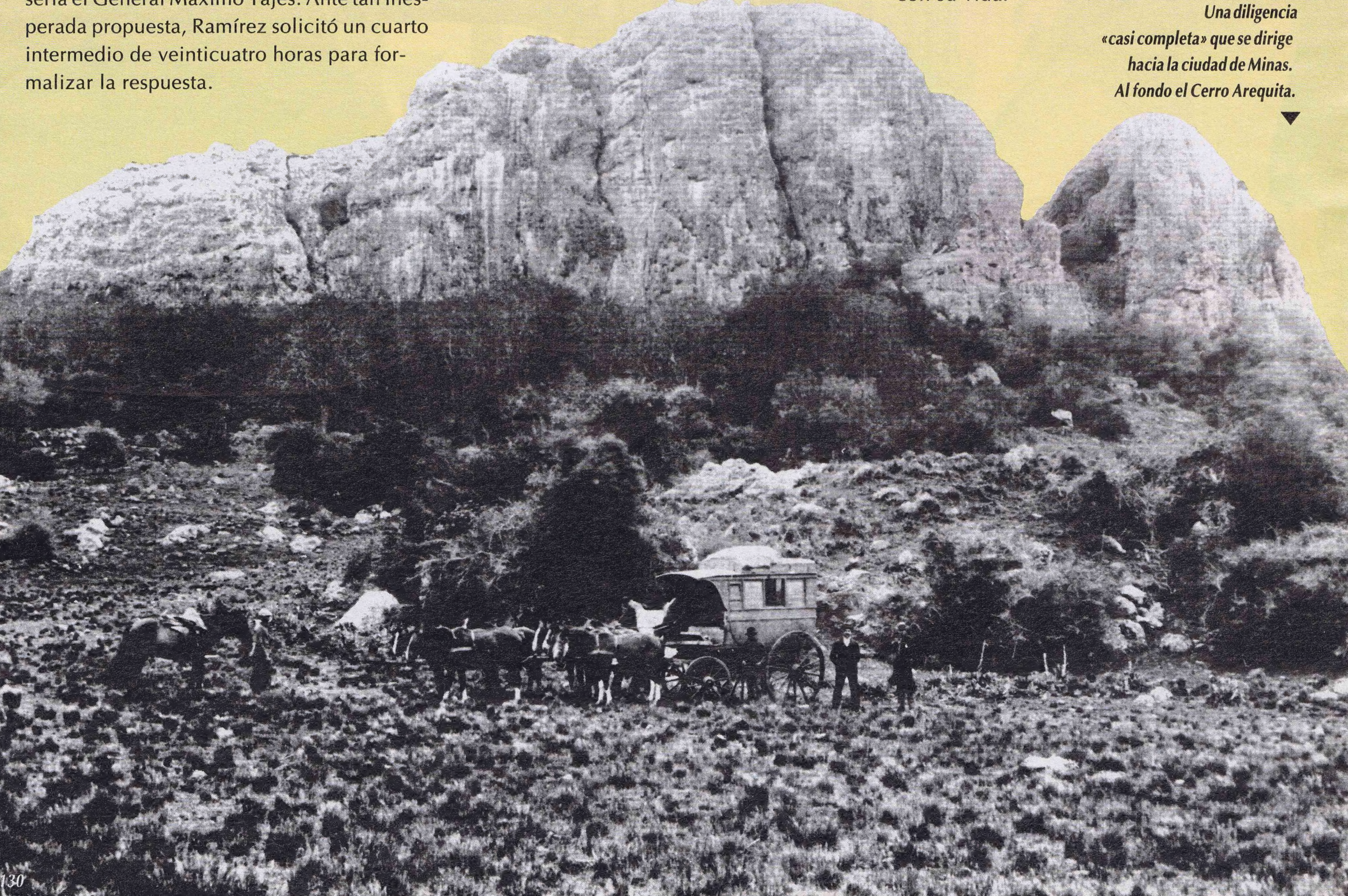
Hubo, sin duda, un momento de silencio, puesto que a nadie se le escapaba la gravedad de las condiciones. No sólo de la primera, cuyo cumplimiento no era fácil de controlar, sino de la segunda que implicaba el retiro inmediato y previo de Santos de toda la actividad política.

Dicen que Santos se alejó hacia la ventana, con aire meditabundo y, en un momento, como en un arranque sorpresivo, les dijo, desde el otro lado del salón: «Quiero probarle, Doctor, que soy más patriota que Usted. Yo sacrifico todo así en aras de la Patria».

A partir de aquel quiebre de la negociación política Santos nombró lo que se llamó el «Ministerio de Conciliación», designando a los representantes principistas para ocupar los cargos aludidos y luego declaró que en cumplimiento de su promesa se retiraba de la vida política.

Santos abandonó pronto el poder y se embarcó para Europa no tanto, tal vez, para curarse de las heridas que desfiguraban el rostro de un hombre muy preocupado por su aspecto personal, sino para atenderse de una severa dolencia al corazón que se le había diagnosticado y que, años después, acabaría con su vida.

Una diligencia «casi completa» que se dirige hacia la ciudad de Minas. Al fondo el Cerro Arequita. ▼

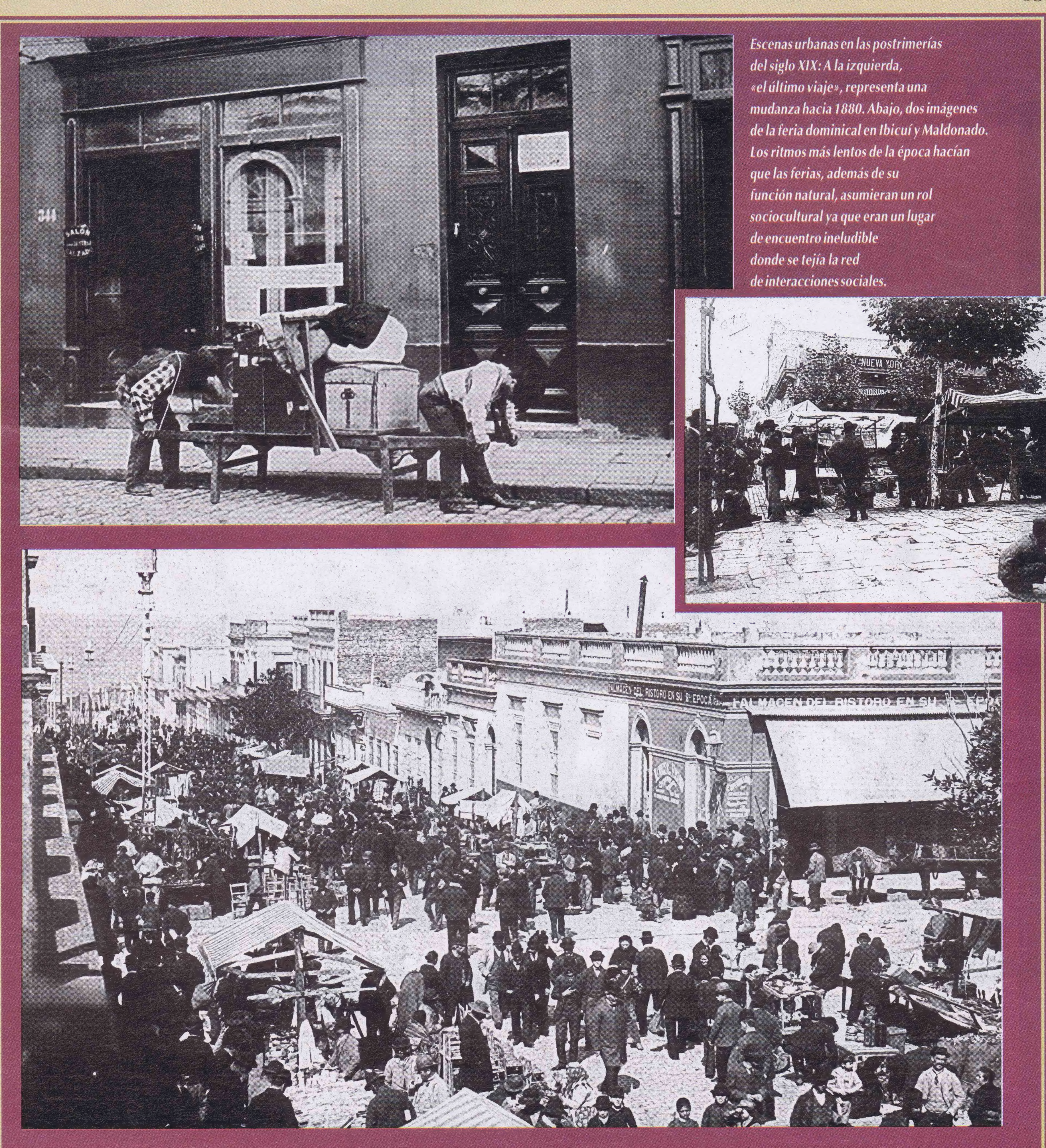


La sucesión del poder

La oposición principista pensó inmediatamente en la figura del Doctor Julio Herrera y Obes como próximo candidato a la Presidencia. Pero éste, en un acto de fina inteligencia política, rechazó el ofrecimiento pues sabía que el ejército estaba íntegro, que nada había debilitado su fuerza ni su cohesión interna y que, no bien el nuevo presidente empezase a tomar medidas que implicasen el desmantelamiento del régimen militar, el ejército no iba a tolerar que un civil se tomase esas atribuciones.

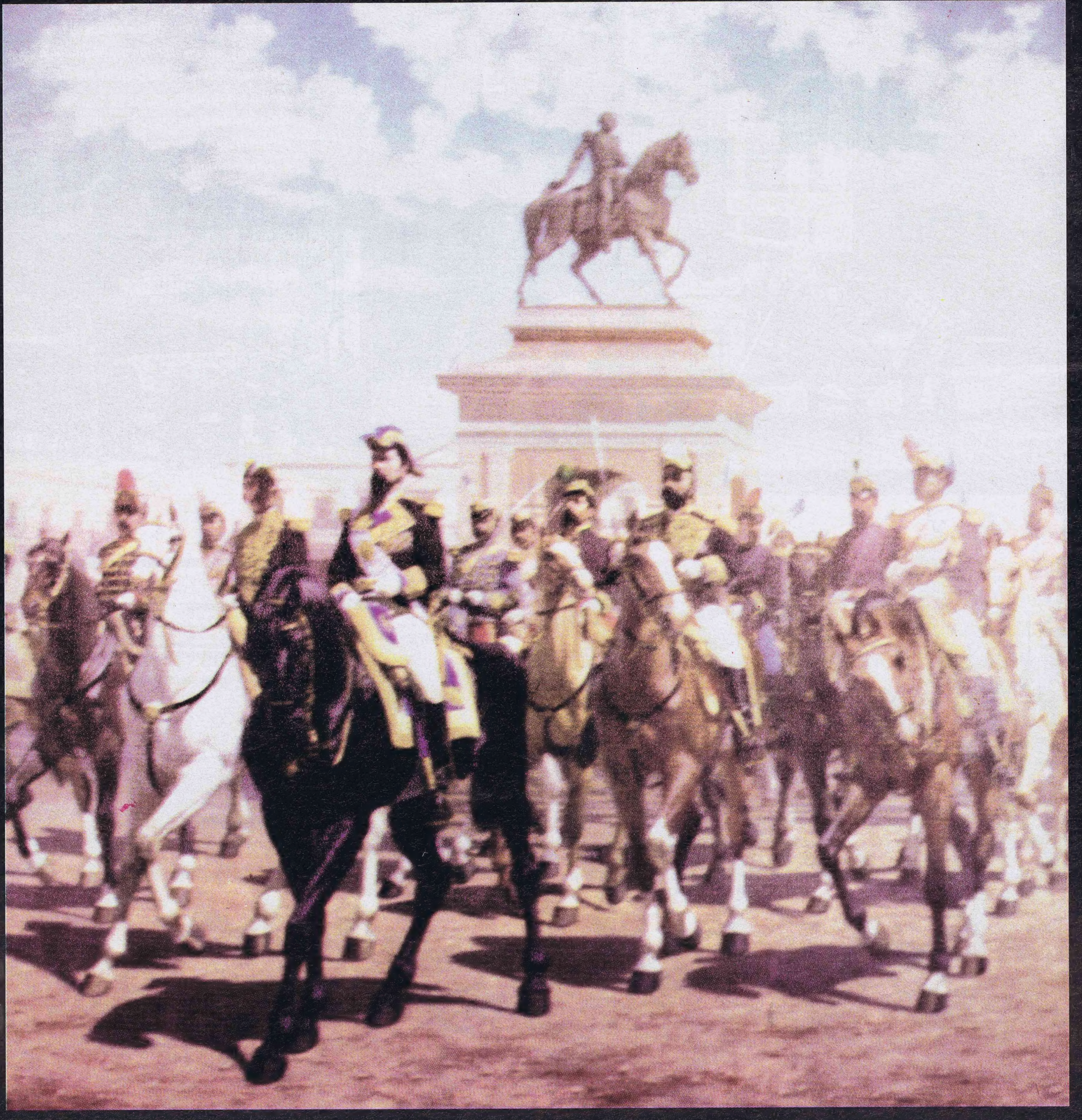
Se buscó, pues, a un militar civil, «civilizado», que ofreciese todas las garantías para la transición pero asegurando él también al ejército que no habría revisionismo sobre los hechos pasados. El hombre elegido fue el General Máximo Tajes, Ministro de Guerra y estrecho asesor de Santos, que había comandado las tropas gubernamentales contra la revolución del Quebracho pero que, también, se había comportado con magnanimidad a la hora del perdón liberando a todos los revolucionarios y dejando que se retirasen a sus domicilios, como se ha dicho antes.

Tajes era el hombre del momento y fue electo ampliamente por la Asamblea General. Julio Herrera y Obes no solicitó otro cargo que el de Secretario de la Presidencia, desde donde sería garantía de que lo acordado iba a cumplirse con equidad para ambas partes. La hora de Julio Herrera y Obes no había llegado aún, pero llegaría en 1890 cuando, cumplida la transición del militarismo al civilismo, fuese electo Presidente Constitucional de la República.



Escenas urbanas en las postrimerías del siglo XIX: A la izquierda, «el último viaje», representa una mudanza hacia 1880. Abajo, dos imágenes de la feria dominical en Ibicuí y Maldonado. Los ritmos más lentos de la época hacían que las ferias, además de su función natural, asumieran un rol sociocultural ya que eran un lugar de encuentro ineludible donde se tejía la red de interacciones sociales.

De mediana estatura, más bien tirando a bajo –cosa que parecía mortificarlo–, sus zapateros solían agregar algún centímetro a sus botas para hacerlo parecer más alto, y su pasión por los caballos lo llevaba a elegir siempre magníficos ejemplares de gran alzada que en los numerosos desfiles que se realizaban en la época, lo hacían aparecer como una figura tal vez más grande de lo que en verdad era.
Su pasión por el lujo, los uniformes y los grandes espectáculos tenía algo de operística, ya que era un apasionado de la ópera y podía asegurarse que cuando se diese una función en un teatro de Montevideo, allí estaría el Capitán General Máximo Santos.



"La revista del 85", óleo de Juan Manuel Blanes.